

# CLAVILEÑO

Emilia Pardo Bazán



## ÍNDICE

Capítulo I .....	729
Capítulo II .....	733
Capítulo III .....	737
Capítulo IV .....	741
Capítulo V .....	745
Capítulo VI .....	749
Capítulo VII .....	753
Capítulo VIII .....	757
Capítulo IX .....	765
Capítulo X .....	769
Capítulo XI .....	777



**E**L imponente portero, de chuletas y luengo levitón, les dejó solos en el piso, según el deseo manifestado por la señora, y entonces conferenciaron más libremente los futuros inquilinos.

—Éste, Jeromo, éste —repetía ella, animada—. Me parece que éste nos colma las medidas, dentro del precio, por supuesto, que ése es el intríngulis: Portal espléndido, portero bien trajeado, escalera lujosa...

Aprobaba don Jerónimo; pero el hijo, con un mohín de disgusto, objetó:

—El comedor es muy feo. Oscuro, da a un patio. La sala de recibir parece una antesala... y antesala no hay.

La madre sonrió sin enojarse por las objeciones. Hizo un ademán de amenaza cómica y murmuró:

—Si pensabas que tendríamos aquí nuestra hermosa vivienda de Santa Justa... Pongámonos en la razón.

Se encogió de hombros el muchacho. Acaso no fuese tan joven como parecía. Le aniñaban sus finas facciones y la pelusa que apenas revestía su labio superior. La expresión de la graciosa cara era de descontento. *Aquello* no le llenaba. Una antipatía instintiva le crispaba, nervioso como era, y elegante por instinto.

—Cuando los trastos estén en su sitio —afirmó conciliador el padre— veréis, todo se transformará.

En su imaginación de soñador algo romántico, don Jerónimo consideraba ya los muebles de su caro despacho de Santa Justa acomodados, por arte de birlibirloque, en aquel otro, cinco veces más pequeño. Los libros se alineaban en los estantes; allí los

poetas, con sus academicismos eróticos; allí los cronistas e historiadores de la provincia, con sus ingenuidades legendarias. El cuadro «siempre», atribuido a Murillo, «En la familia», la maternidad popular, mientras un corderillo quiere escalar su regazo, sería el honor del nuevo despachito. A pesar de no pocas indirectas de su mujer, el Murillo no había consentido venderlo. Bastaba haberse desprendido de viñas y olivares frondosos, aranzadas y aranzadas de tierra de labor, dos casas en Cádiz. ¡Todo el patrimonio! ¡Una quemazón!

El optimismo le sugería: «Te queda el Murillo y el mueble de las pinturas sobre cristal, y la ejecutoria, con aquella preciosidad de miniaturas...»

La ejecutoria, sobre todo. Entre otras ilusiones, don Jerónimo de Atienza y Grimaldos, cultivaba la del linaje. La ejecutoria, para ser admirada, poseía su mesita oval, con vidrio y fondo de rojo amortiguado damasco; y, a solas, el penúltimo Atienza la contemplaba, no se saciaba de mirarla, sin querer comunicar sus impresiones a mujer e hijo, sospechando que éstos fuesen algo escépticos, y prefiriesen un billete de banco al refulgente pergamino.

El muchacho, mientras su padre pensaba en antiguallas, se había dado a recorrer segunda vez el piso. Volvía ceñudo, preocupado.

—La cocina es una covacha... En el pasillo, hay un olor raro, infecto.

La madre, a su vez, fue a reconocer las habitaciones. Volvió incólume en su resolución de tomar aquella casa y no otra.

—Lo deshabitado siempre hace mala impresión. Habrá que desinfectar y que limpiar mucho. Paquira lo pondrá todo como una taza de plata, en un santiamén.

El padre habló con dejos de añoranza:

—Bien os lo dije, a ti, Ana, a ti, Miguelito, que habíais de echar de menos el caserón de Santa Justa. Estábamos allí como la propia rosa. Y éramos cabeza de ratón, bueno; pero personas, más personas, no las había. Yo no lo puedo remediar; he sentido muchísimo el trasplante. Ahora, ya... no podemos deshacer lo hecho; conformarse y ver cómo salimos del tremedal. Pero todos los días me acuerdo de nuestro rincón...

Invariablemente resuelta, la madre sonreía. ¿Qué iba a decir su marido, el que en cincuenta y tres años no había conseguido mejorar ni tanto así de posición? Ella, si llevase pantalones, no se hubiese conformado con el encierro de Santa Justa, con libros que no servían de nada, y amigos maniáticos, que tampoco eran más que unos estafermos, rebuscadores de papeles viejos y piedras, del tiempo de los romanos. Anita, ella, tenía su poco de ambición. No habiendo podido comunicársela al apático esposo, se la inculcaba a Miguelillo, el único vástago...

—Lo que siento —advirtió— es que, para Paquira, no tenemos dormitorio con ventana. Y va a chillar como un vencejo si la encajamos en un cuarto oscuro. Pondré la despensa en el cacifo, y lo que quería yo fuese despensa, bueno, será la habitación de Paquira, con un ventanillo al patio. ¡Qué se ha de hacer!

Volvió el portero, escamado de tanta tardanza en decidirse. Iba determinado: que dijese si les convenía el cuarto o no. En medio de sus formas respetuosas de servidor de casa grande, aquel hombre, Damián Antúnez, no tenía ganas de perder mucho tiempo con genticilla —tal suponía que eran los presuntos inquilinos—. A fe que no iba a sacar mucha raja de aquella señora que apretaba tanto en la derecha su bolso, de piel toda desflorada y cierre de mohoso acero. Algunos empleadetes, algunos rentistas de poca lacha. No se pasarían de rumbosos en el propineo, y en cambio serían detallistas, reparones. Que si el vidrio rajado, que si la cerradura...

No por echarse esta cuenta les habló Damián con menos ceremonia.

—¿Encuentran los señores a su gusto el piso?

—Mil defectillos tiene —declaró dengosa doña Ana—, pero, *aquí* —subrayó la palabra— no se encuentra mucho en que escoger.

—Sí, señora. Viviendas magníficas hallará la señora, pero en otros precios. Ésta es muy arreglada. Y el que venga a visitar a los señores y no haga sino dejar tarjeta, pensará que pagan de siete a ocho mil, por la entrada y la escalera tan suntuosa.

Ana ansiaba una rebajilla de dos o tres duros mensuales en el alquiler, pero no se atrevió ante la respetabilidad del portero y su charla de hombre enterado y superior.

—¿Qué dices tú, Miguel? —preguntó a su hijo, buscando, como de costumbre, ante todo, el contentarle.

—Si ponen papel nuevo a la sala y el pasillo... —transigió el muchacho.

Damián aseguró que lo pondrían. Miguel añadió algo más; era preciso desinfectar porque resueltamente, en el pasillo había una peste que no se aguantaba.

Ofreció el portero cuanto le exigían. ¡Pero ya sabrían los señores la costumbre de Madrid: mes adelantado, mes de fianza!

## II

**L**A que más resistió a aceptar la nueva casa, fue aquella salvaje de Paquira, la mora bautizada, que pertenecía al número de esos servidores a quienes hay que matar o dejar, porque la idea de despedirles no surge siquiera. Traída de un pueblo bravío, en una sierra donde anidan hasta águilas, Paquira, con su pelo liso de un negro aceitoso y su cobriza tez, hubiese tentado al pincel de uno de esos que buscan la nota típica, un alma popular, en los rasgos de una cara. Era leal e insufrible para sus amos, de cuya vida formaba parte. Adoraba al «niño». Por el «niño» hubiese dado hasta navajadas a cualquiera.

Entraron los de Atienza en su piso cuando les llegó el vagón de muebles. Antes, Paquira fregó y aljofifó a su talante, de un humor perro, renegando de todo, especialmente el primer día, en que notó más a lo vivo la diferencia entre la casa de allá y la de aquí. Con tétrico acento, murmuraba: ¡Esta casa huele a muerto!

—Señana... ¡Vaya, lo que han alquilao sus mercés!

—Ya te he dicho que no tienes que llamarme señana —protestó doña Ana—. Llámame señora, y nada más.

También Miguelito gruñó por lo de «señana», por otras varias cosas que, en Madrid, suponía él que ponían a la gente en ridículo. Miguel, educado en los Jesuitas, había conocido a muchachos de alta posición, y sin haberla experimentado nunca, tenía como en la masa de la sangre la vida aristocrática. Comprendía que gracias a esta disposición natural suya, Madrid no le reservaba sorpresas. Lo que le faltaba era otra cosa, el gran resorte; y entre él y su madre habían convenido en ciertas ideas y en sus consecuencias racionales. Lo primero era trasladarse...

En Madrid vivían los jóvenes compañeros de colegio, base de la futura posición, relaciones hechas ya. ¿En qué consistiría la tal posición? Es singular que las personas más estrechamente unidas, que mejor se entienden, reserven, sin embargo, una parte de su pensamiento, por otra parte translúcido. La madre se fundaba en las prendas del hijo. ¡Era tan guapo, tan distinguido su Miguel! Lo que quisiese conseguiría... Jugar en Madrid una carta como la que representaba el encantador garzón, era la seguridad de ganar la partida.

El padre no mostró tanto entusiasmo; hasta vaticinó mil inconvenientes y desdichas. Vender su fortuna, ¡qué salto en las tinieblas! ¿Y si tardaba mucho en conseguir... eso, la posición, qué harían? ¿Pedir limosna por la calle? ¿Unos Atienzas, la flor de los linajes andaluces? Para persuadir a su padre, Miguel, que era diplomático nato, apeló a un recurso. En Madrid alternarían con la gente de su gusto. Con la mejor, ¿por qué no? Y exageró la sangre azul de los Atienzas. ¡Eso abría las puertas todas!

—Ese tiempo pasó, hijo mío —objetaba melancólicamente don Jerónimo—. Hoy las puertas no se abren sino con llave de oro... o de poder.

Sin embargo, la ilusión iba tomando cuerpo. ¡Al cabo, un Atienza! Y murmuraba al oído de su mujer:

—¡Cuando Miguelillo sea Maestrante de Ronda!...

Aún hubo otro resorte que manejó Miguel. En Madrid, su padre encontraría lo nunca hallado en Santa Justa: el reconocimiento de sus méritos como historiador y poeta. Don Jerónimo rimaba, mitad en romántico, mitad siguiendo las doctrinas y tradiciones de aquella escuela sevillana clásica, donde no faltan Cloris y Leonoras, y los consonantes retienen como campanas sonoras y solemnes. Don Jerónimo había recogido pacientemente, en tantos años de no tener que hacer cosa ninguna, datos acerca de santajustenses ilustres, y esta obra «sería» —porque la poesía siempre es un recreo, entendía él— no la conocían más que en fragmentos, algunos estudiosos arrinconados, allá en la trasconejada ciudad. Tales méritos, en Madrid, obtendrían el merecido aplauso y premio. Miguel lo creía así. Y don Jerónimo, con mil esguinces de modestia, haciendo con la mano fin-

ta de espantar moscas, rechazaba tanto honor, pero el anzuelo se le clavaba suavemente.

La venta de su hacienda le causó hondo disgusto, y ahora, en la casa estrecha y mezquina, su consuelo fue arreglarse un despacho —la mejor habitación, dos balcones a la calle—. Doña Ana no cesaba de repetírselo: no podía quejarse, se habían sacrificado por él. Y Paquirá se lo gritaba en son de injuria, entre lamentaciones, porque su cuarto, sombrío, caía a un patizuelo asqueroso. ¡No tener un balconcito en que cultivar, en tiestos y cajones, sus flores moras, sus alevés, que dan jaqueca de tan bien como huelen, sus claveles de sangre, sus azucenas para la Virgen, sus albahacas y malvas de olor!

Eso sí; cada vez que los Atienzas entraban en su portal, les corría por las venas un estremecimiento de orgullo. Era alto como bóveda de iglesia, y decorado prolijamente con estucos que dibujaban guirnaldas Luis XV. Grandes brazos de bronce dorado, repartían profusamente la luz eléctrica, y al fondo se columbraba, como una visión de existencia lujosa, los garajes y las cocheras, detrás de un jardinete interior gentil y con sus canastillas de flores a ambos lados de la salida. A la izquierda, la mansión del portero, amueblada con cierto lujo amazotado y vulgar, pero que imponía, y la escalera particular de los pisos segundos, entre los cuales se contaba el de los Atienzas, que era de los más modestos. Modesto o no, del mismo portal y de igual escalera se servía. La otra escalera, mejor escalinata, de mármol, de dos ramales, perteneciente al piso ocupado por los dueños, ostentaba palmeras, espejos enormes, reposteros heráldicos, y un par de cuadros de antepasados, o lo que fuesen: unos señores que elevaban un cetro militar en el aire y cabalgaban bridones de enormes grupas.

A Miguelito, le desarrugaba el ceño, tempranamente severo, la vista del portal y de la escalera, hasta de la suya propia, donde no había palmeras ni generales con bastones de mando, pero que lucía una rica alfombra, con travesaños de bronce en cada peldaño —pues el servicio de carbón, pan, leche y demás artículos necesarios, hacía se por otra escalerilla tan angosta, que parecía la de un barco. ¡Bah! Esto nadie lo veía. Lo aparente era aquella entrada «regia», como repetía Damián el portero.

Y la primera vez que subieron como inquilinos de contrato firmado, y Damián se les ofreció, solícito, «para cuanto les hiciese falta a los señores», Miguel secreteó con su madre.

—¿Ya? —preguntó ésta, sorprendida.

—Naturalmente —declaró, con cierto énfasis, el muchacho.

Y el duro de propina salió, mal de su agrado, del saquito de desflorada piel, con los cierres de acero enmohecidos. Pasó a manos del portero, que lo recogió como la cosa más natural, inclinando la cabeza, ya a trechos gris. ¡Por un duro, no iba a conmoverse! ¡Cuántas veces le habían dado el billete chico, las veinticinco del ala!

### III

**E**L día en que, pasado el rebullicio de la mudanza, puestas las cosas aproximadamente en su sitio, pudo la familia almorzar en paz y en gracia de Dios, a estilo de Santa Justa, garbanzos fritos con hilachas de carne, Miguel se encaró con su madre, sonriendo:

—¿A quién dirás que me he encontrado ayer, en la calle de Alcalá? A Rodrigo Porcel.

—¿El hijo del duque de la Escalada?

—El mismo... Mi mayor amigo del colegio. También le traen a estudiar aquí. ¡Lo que ése estudie!

—Y —curioseó la madre— ¿qué tal cara te puso?

—¿Qué cara me había de poner? Me soltó un abrazo, que la gente se detenía en la acera. Esta noche como con él.

—¿En casa de su padre?

—¡Quia! ¡No sería mala sujeción! En el Inglés me ha citado. Irán también sus primos, los Benalí, y el chico de Ambas Castillas. A ése no le conozco. Luego iremos al teatro.

—¿A cuál?

—A uno, mamá, que tú no has de pisar nunca. A un teatrillo así... alegre.

El padre hizo un gesto. La madre, echándose las de espíritu amplio, rió.

—¡Jeromo, querido, los muchachos son una cosa y las beatitas del Cañamón otra!

Al levantarse de la mesa, la madre se llevó al hijo a su cuarto, con un pretexto, y le metió en la mano un pápiro de cincuenta.

—Para que quedes bien, como a un Atienza corresponde...

Miguel tuvo una ligera sonrisa. ¡Con cincuenta pesetas, pch! En fin, ya se vería el giro que tomaban las cosas...

—Lo que te digo, mamá, es que necesito un frac decente y algunas cosas más...

—Bueno, dame la lista y miraré...

—¿Lista? Tú sabes mucho de gobierno de casa, pero de modas de hombres... Yo lo escogeré todo.

Se contrajo el semblante de la señora. El niño no repararía, de seguro; no calcularía, como ella... Adelantándose a la preocupación maternal. Miguel hizo una profesión de fe.

—Sabes que caer de primo no me gusta. Bien comprendo que es preciso defendernos, resistir, hasta que...

Cruzaron una mirada de complicidad.

—Déjame tú a mí, madre —añadió—. De otro modo, no iremos a ninguna parte.

Miguel, desde entonces, hizo la misma vida que sus aristocráticos amigos. Vino el frac, no muy caro, de sastre discretamente elegido y surtido de dos chalecos, uno de ellos de blanco moaré. Se desmontaron dos pendientes, unas rosetas de brillantes, de las contadas joyas de doña Ana, para obtener una linda botonadura. Llegaron corbatas y guantes, por medias docenas. Las facturas se presentaron con apremio, por tratarse de clientes desconocidos —ésos de provincia, sabe Dios...— Hubo un conciliábulo entre el padre y la madre.

—¿Ochocientas pesetas, Ana?

—¿Jeromín, qué quieres? Las cosas son como son. Si Miguelito ha de llegar...

—Hija, no quisiera darte un tártago... Pero, desde ayer, estoy convencido de que hemos hecho la gran locura. Todo esto es un delirio y nada más; castillos en el aire. Una aventura como la del caballo Clavileño, que le parecía a Sancho que iba por el aire y pasaba por la región de las siete Cabrillas, y no se movía de la tierra. Mejor estuviéramos en nuestra querida Santa Justa, y no exponernos a todo lo que veo amenazante.

—¿Y qué amenazas son ésas? Estás hoy terrible. Ya creí que se te había quitado el hipo.

—Se nos prepara, criatura, no sólo la miseria, sino una cosa peor: el desprecio, el ridículo. Las pretensiones que aquí traji-

mos ante la realidad no subsisten. ¿Qué tenemos? Un linaje, una familia antigua... La sociedad ha cambiado; todo es diferente, y claro, es peor...

La boca de don Jerónimo temblaba de amargura. Una arruga de enojo cruzaba su frente.

—¿Pero se puede saber qué pasa? ¿Qué mosca te ha picado, para que ensartes estas letanías?

—Pasa... Pasa que... ¿Cómo dirás que me ha recibido nuestro primo, el marqués de Grimaldos? No te lo quiero contar, pero conviene que lo sepas. Antes de que naciese Miguel hice yo un viaje a Madrid, y los parientes me obsequiaron, como es natural, cuando hay la misma sangre, y sangre tan ilustre. Ahora, Ramón Grimaldos, sin hacerme lo que se llama un ultraje, eso sería imposible, me ha puesto una cara distraída, y me ha vendido protección... Que si necesitaba de él para recomendar alguna cosa, tendría mucho gusto... Yo había empezado por tutearle, naturalmente; y cádate que me contesta con un usted como un navío... De tal tratamiento no se apeó en toda la visita. Debí de conocerme el sofoco en la cara. Me levanté en seco, y no pienso volver a verle en lo que me queda de vida. Pobre soy, pero mi sangre es mejor que la suya, porque su papá ya sabemos con quién se casó. Como que los Grimaldos de Santa Justa pensaron entonces en retirarle el trato... Hermanos eran nuestros abuelos: figúrate si hay parentesco, cercanísimo. Es un fantoche. Engreído con el dinero... Tiene un palacio ostentoso. Hoy, el que tiene palacio, desprecia al que no lo tiene. Es la fija, Ana.

—No te alteres, Jeromín... Si nuestros deseos se logran... Si Miguelillo sube...

Don Jerónimo se encogió de hombros, desesperanzado. Aquella noche, Miguel volvió muy tarde. Su madre, al principio, le esperaba; pero el chico se había opuesto terminantemente. Algunas veces, sin embargo, quebrantábase la consigna. Así fue entonces. Doña Ana informó a su hijo del «feo» que le debía don Jerónimo a su primo, el marqués de Grimaldos.

Miguel no se amontonó. Oyó con calma la relación del agravio. Reflexionaba.

—¡Pues si yo conozco al marqués de Grimaldos! —exclamó por fin—. Le he visto en casa del duque... Y en el teatro también.

Dile a papá que no haga caso. El marqués le dará una satisfacción cumplida, si no ahora, con el tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Miguel titubeó y recogió velas.

—Figuraciones mías nada más. Muchas veces lo que parece desaire es únicamente distracción. ¡En Madrid se vive tan ocupado, tan atareado! Pero ahora voy yo a fijarme bien en el marqués de Grimaldos, y a enterarme de lo que le pasa a este buen señor y tío mío. No tardo tres meses en ser de sus íntimos... Ya soy íntimo, para que te enteres, de medio Madrid. Lanzadísimo estoy. No hay baile ni bailecillo a que no me conviden. ¿No era eso lo que nos proponíamos? Pues la primera parte del programa está cumplida. No pienses, mamá, que me alucino con esto... Siéntate un instante en mi cama... Lo que importa es... la segunda parte.

Y poniendo un dedo sobre la boca, hizo un expresivo isttt!, y besó a doña Ana (que por poco suelta el trapo) en un carrillo.

#### IV

**L**A misma doña Ana, que en la familia representaba la ilusión, no dejaba de tener sus inquietudes. ¿Y si el muchacho gastaba más de lo que pudiese sufrir el escaso peculio? Sin embargo, el chico no tenía vicios.

—Gasto poniendo dinero a réditos —declaraba él.

Poco a poco, doña Ana, observadora, guiada también por el instinto maternal, fue creciendo en optimismo. Había síntomas excelentes. Miguel cuidaba con esmero de su ropa, y jamás encargaba prenda que no necesitase. Para asistir a clase —que asistía bastante— aprovechaba, económicamente, sus antiguos trajes de Santa Justa. No se la echaba de señorito elegante allí; al contrario, se ponía en todo al nivel de sus compañeros, y era entre ellos bien quisto. Una cantidad le duraba bastante; sabía gastar y detenerse a tiempo. Hasta les parecía milagroso a sus padres que no exigiese más. Sus amigos de la alta sociedad, con movimiento generoso, le invitaban, le daban sitio en sus palcos y coches; pero Miguel no quería degenerar en parásito, y pagaba las atenciones, dentro de su límite, cortésmente; ofrecía el almuerzo en algún fondín de moda, enviaba a las señoritas flores y bomboneras con marrones, violetas, confitadas y dulces finos.

Orientaba su vida hacia un objeto. La conciencia de un propósito reprimía la inconsciencia juvenil.

Un día, en la calle, encontró doña Ana a un antiguo amigo, administrador general del duque de la Escalada. Le había conocido mucho en Santa Justa, donde era nacido, y donde el duque poseía bodegas. Hubo esas expansiones habituales entre los que recuerdan a un mismo pueblo, y esos ¡holas!, y esas preguntas afanosas por «todos». Salió el nombre de Miguel...

—¡Calle! —exclamó el conocido—, pues entonces el chico de usted es Miguelito Atienza, el que frecuenta la casa del señor duque... Le quieren allí muchísimo y va a comer casi todos los jueves, y el señorito Rodrigo dice de él primores. Sólo le pone el defecto de que es demasiado formal. ¡Vaya usted viendo qué defecto, paisana! Se lo digo a usted porque me parece una enhorabuena. Ya saben que aquí me tienen para cuanto se les ocurra...

Doña Ana rebosaba júbilo al entrar en su comedorcito escaso de luz y de aire. Si Miguel no hubiese «salido» así, ¿de qué serviría todo lo que trabajase ella? Porque trabajaba como una asalarriada, a fin de vivir con decencia y gastar muy poco. Entre ella y Paquira escatimaban el carbón, tasaban el pan, pesaban los comestibles, calculaban el precio de la merluza, a la cual doña Ana llamaba «la galleguita», por céntimos de real. Cuando el señorito no comía en casa, pasaban con una sopa y el puchero, adicionado con un guisote de patatas o de bacalao; cuando Miguel estaba, se le honraba con otro platito, escogido cuidadosamente para que no se desequilibrase el presupuesto. Cultivaban el gazpacho, bajo pretexto de ser cosa «de allá»; en realidad, porque se hace con un par de tomates y los corruscos añejos de la víspera. Las dos mujeres lavaban ropa y la tendían en el patio; doña Ana se encargaba de las camisas de su hijo, y con las sábanas lidiaba la mora. Planchaban, repasaban, y con todo ello lograban una economía semanal no despreciable. Paquira se acostaba la última y se levantaba la primera, y en el mercado, cuando las verduleras la veían con el cesto viejo, se decían entre sí:

—¡Ahí viene esa estriñía, a regatear por un perro chico, como si gastase de lo suyo!

Aún le quedaba a Paquira tiempo para hacer calceta, unos calcetines zafios, que Miguel rehusaba y que doña Ana obligaba a don Jerónimo a aprovechar. Sostenía la criada que los calcetines de su confección eran lo único que prevenía contra los «male tan malo» de este Madrid, que vienen de la condená sierra. Y como doña Ana le hiciese observar que también por «allá» había sierra, la mora replicaba:

—¡De aquella sierra no pue bajá sino gloria!

Al convencerse de que Miguel se negaba a usar sus calcetines, Paquirra hizo augurios pesimistas sobre la salud del mozo.

—Hijo de mi vida, me lo matarán...

Y Miguel, que era más bien secote, poco efusivo, solía reírse, y hasta abrazar a la mora...

—Bruja, ¿qué es eso de matar? No parece sino que se iba a la guerra... ¿Quién piensa en morir, so tonta? Has de acunar tú, moza —añadía—, a muchos chiquillos que voy a tener...

—¡Ay, angelillo de mi alma! —suspiraba ella—. Dio te dé una mujé buena y que te convenga muchísimo, que te venga como al deo la tumbaga.

A los dos o tres años de residencia en Madrid de la familia Atienza, la madre y el padre habían aprendido los nombres de muchas señoritas de las que desfilan bajo la pluma de los revisiteros de buen tono. Es decir, los nombres no: los diminutivos difíciles de explicar con que familiarmente se las conocía. Porque con frecuencia caía de los labios de Miguel alguno de esos diminutivos, graciosos y menudos, y se le oía decir:

—Ayer aposté con Lilita Algaida a que la *clôture* de la caza estará muy sosa...

Otras veces eran referencias a Fifi Altacruz, Pinito Cerrogrande, Chuchú Torremayor... Y cavilaban los padres, estremecidos: —¿Será alguna de éstas? ¿Cómo será, qué circunstancias reunirá?— La preocupación era mayor si el diminutivo sonaba a extranjero: Flossie, Maggie...

—¿Quiénes son esas niñas? —se inquietaba doña Ana.

—¡Bah! Diplomáticas... Muy patosas...

Bien comprendía el muchacho aquellas ansias, aquella muda interrogación que en los ojos de la señora se descubría. Con todo eso, se había propuesto callar mientras las cosas no fuesen por donde él deseaba. Su carácter entero, trabado y perseverante, repugnaba la charla que desmigaja y pulveriza la voluntad, que evapora la resolución. Los designios de interés se han de meditar a solas y ponerse por obra antes de comunicarlos a quien no puede auxiliar en ellos. Sus padres habían puesto la primera piedra del edificio, con aquella gallarda resolución de enajenar su hacienda y lanzarse a lo desconocido; el resto le tocaba a él. Entendía bien la distancia que de sus padres le separaba

en cuanto a conocimiento de aquella sociedad, en que desde el primer momento había alternado, y que era un enigma para don Jerónimo y doña Ana, y para él un tablero donde las piezas de ajedrez ocupaban su lugar, y esperaban la mano hábil que las moviese. No pensaba precipitar la jugada. La meditaba, la haría sobre seguro y sin arrostrar el ridículo, que acompaña a los fracasos de las ambiciones.

Una noche volvía del Teatro Real, marchita la gardenia del ojal, recogido el mac-ferlán, de modo que la blancura de la pechera se viese. Abrió la puerta con su llavín, y vio claridad en la cocina. Paquira estaba allí, entregada a una ocupación misteriosa.

—¿Pero qué demonios estás haciendo?

—Ya ves, chavalillo, entreteniéndome un poco...

Las cartas, grasientas y negruzcas, se hallaban extendidas sobre la mesa.

—Quita de ahí esa porquería, mujer —ordenó el señorito—. Después mondarás la lechuga en ese mismo sitio y nos comemos la roña de tu barajita.

Ella, inspirada, replicó:

—Vi a jacé el juego pa ti, mosito.

Barajó, cortó con la izquierda y fue sacando los naipes y colocándolos según el ritual.

—Una cosa te trae la suerte y e cosa mu señalá. Te la quie contrariar —ve— ete caballo de espás, que e un militá, que te tiene hincha. Esta sota de oro es la chavala, ma fresca que lo clavele, y ha de sabé que, ma que se lo calle, colaíta etá por ti. Ete as de oro es un señorón... ¡Uiiiiii! Un señorón prencipalísimo, el papá de la niña, ¿entiende?

Miguel escuchaba pensativo: ¿olfatearía Paquira algo? ¿Cómo? ¡Bah! Imposible... casualidad...

De pronto, detúvose Paquira. Su piel, color de canela, palideció. Sus ojos, como dos negritos enloquecidos, saltaron y vagaron de la mesa a Miguel y de Miguel a las cartas. Luego las revolvió, dando un ahogado chillido.

—Pero, ¿qué te pasa, mujer? —interrogó el señorito—. ¿Qué has visto en esos naipes?

Y, halagando sus mejillas con la mano, declaró riendo:

—Ya sé... ¡Muchísima porquería!

**D**ON Jerónimo era el único de la casa que, ocioso y preocupado, en los primeros tiempos de su estancia en Madrid, no sabía qué hacer de su persona. El recibimiento de Grimaldos le retrajo, por unos meses, de todo intento de relacionarse. Al cabo, privado de tantas menudencias como entretenían sus horas en Santa Justa, se dio a buscar otras. Tropezó con un anticuario cordobés, que le conocía de antaño, y que le acogió cariñoso y le convirtió a su tertulia vespertina. Se juntaban en ella algunos aficionados y otros que no lo eran e iban a matar el tiempo, sencillamente. Algunos picaban en literatos y todos referían, entre dos conversaciones de arte, anécdotas verdes y chismes maliciosos. De aquella peñita salieron las primeras amistades de don Jerónimo, amistades frías, pálidas, como la ceniza del brasero claveteado que conjuraba el frío en las tardes gélidas de Madrid, en la trastienda donde se reunía la tertulia. Fuese lo que fuese la peñita, remedió la sensación de aislamiento y abandono que sufría el santajustense trasplantado. Encontró en ella gente que se asociaba a sus manías, que se hacía cargo de sus aspiraciones, hasta de las más ocultas. El arrinconado poeta e historiógrafo hallaba otros, no menos arrinconados que él, malogrados como él, divorciados de todo lo moderno y fustigándolo con sonrisa burlona. Por uno de esos fenómenos de solidaridad espiritual cuya fuerza no se ha estudiado lo bastante, los de la peñita simpatizaron doblemente con Atienza, porque reconocieron en él a un fracasado antes de luchar, tipo tan frecuente en las provincias donde existen tradiciones de cultura y esa vieja norma que se llama una escuela, poética, y modelos a quienes endiosar imitándolos. Él, al principio, se hizo el mo-

desto; no, no podía aspirar a codearse con los insignes don Apolo Añejo y don Anselmo Curzón, cuyas producciones poéticas conocía y admiraba. La verdad era que no había leído ninguna; pero poco le duró esta virginidad, porque los vates se encargaron de quitársela, leyéndole, lo primero, una oda a *La rota del Guadalete*, luego, varias composiciones amorosas dirigidas a no sé qué Fílida ninfa, cuya única excusa sería el no existir más que en la acartonada mente de don Anselmo, alto empleado en Gracia y Justicia y papá de dos niñas tan asustadoras, que ni su mismo papá las quería sacar a paseo.

¡Y, claro, después le tocaba a don Jerónimo el turno! El manuscrito, que acabó por exhibir una tarde, estaba ya amarillo y rancio. ¡Como que eran composiciones escritas en la mocedad! Algunas imitaban a los clásicos griegos; por ejemplo, a Anacreonte. Don Jerónimo, que no bebía sino agua y no concebía determinadas diabluras decadentes, celebraba en tales versos el rojo vino, se fingía beodo y ensalzaba los rizos negros de un efebo encantador, suplicando de paso a las jóvenes beldades que le deshojasen rosas en la copa. Otras poesías daban en lo romántico y se metían con la luna, suponiendo que, por mala intención, ese astro se empeñaba en iluminar un sepulcro, donde yacía la amada del poeta. Y allí mismo, en el cementerio, el poeta ve que se aparece la amada y le dice unas cosas muy fúnebres sobre la manera cómo se han de reunir sus almas,

«en un mundo más bello, más lleno de ilusión»...

Algún poema de esta serie hablaba de «la ardiente orgía», fingía arrepentimiento de excesos locos e invocaba la maldición del cielo.

«Maldíceme, pues quiero —que el mundo se destruya»...

Estas poesías las había escrito don Jerónimo al volver de oír misa en su parroquia o sentado bajo un cenador de su jardincillo, mientras Paquira tarareaba soleares regando los tientos. Ahora, en la penumbra de la trastienda del anticuario, el romántico se emocionaba al declamar; su voz tenía trémolos

y su acento andaluz se marcaba. De la tienda venían fragmentos de regateos, discusiones en que a ratos un cliente alzaba la voz:

—Hombre, tanto como ser de Goya ese retratillo... Yo creo que hay ahí mucho repinte... La tabla gótica tiene trazas de copia...

Y don Jerónimo, animado por las exclamaciones de aprobación de los contertulios, recalcaba:

«La calentura horrible —que el alma me envenena»...

—Pero ¿cómo no había publicado nada de eso don Jerónimo? ¿Cómo no recogía tan bellas inspiraciones para que el público las admirase?

—Algunas he mandado a periódicos... Un soneto mío vio la luz en *La Ilustración Española y Americana*... En libro nunca he pensado.

—¡Mal hecho! —falló don Apolo, el académico—. Cuando una persona se empeña en esconderse, no hay manera de que las merecidas recompensas vayan a él...

Enrojeció de placer Atienza. ¿Recompensas...? Toda la vida había soñado ser, cuando menos, C de la Española... ¿Querría decir eso, o cosa mejor don Apolo? Sería la cima de sus ensueños dorados... Un vértigo le mostraba la escena que casi acababa de presenciar; la recepción, los discursos, el abrazo, la imposición de la medalla, las damas elegantes que sonrían al felicitar... ¿Si alguna vez...? ¿Si la suerte? ¿En qué le superaba don Apolo? Había que dar la batalla; doña Ana calificaría el gasto del libro de tonto e inútil, pero, por una vez, se imponía el esposo, siempre relegado a segundo término por el hijo.

—Todo por el niño... ¡Los demás no somos de Dios!

Cuando a la mesa —no se atrevió a solas— planteó la cuestión de la colección de poesías, a las primeras palabras doña Ana le atajó. ¿Publicar un librito? ¡No sería mala bobada! ¡Buena plega! ¡Un par de miles de pesetas en papel para cohetes! Y cuando don Jerónimo empezaba a ponerse color de moco de pavo, congestionado de enojo, cosa rara en su mansedumbre, intervino el hijo en la cuestión.

—Mamá, no tienes razón. La publicación que papá desea debe hacerse. Vive tranquila, que nuestro capital nos ha de alcanzar y no se acabará el aceite antes que el velatorio. Yo te lo fío. Y, para mi situación ante la sociedad, mejor que ser hijo de un desconocido, es serlo de un señor cuyo nombre se runrunea para un sillón de la Española. Y se pronunciará, de eso me encargo. Y una vez pronunciado, cátao hecho. Así son las cosas por estas tierras.

Quedose asombrado don Jerónimo. ¿Cómo poseía su hijo tal perspicacia? Había adivinado la aspiración cuando apenas se atrevía él a formulársela a sí mismo, a solas.

—Miguelillo, no sabes cuánto te agradezco...

—¿Agradecerme, papá? Yo soy quien tengo que pagaros, en buena moneda, lo que por mí habéis hecho. ¿Tú crees que no lo comprendí? Además de ingrato, sería un necio entonces, y mira, un necio no soy. Yo te facilitaré eso de la impresión del libro; tengo amigos... hasta en las imprentas. Yo haré que te escriba un prólogo una persona de fuste. Las cosas hacerlas bien.

Y mientras don Jerónimo, de puro contento, ponía una cara afligida, la madre, levantándose y rechazando la servilleta, se colgó al cuello del hijo mojándole las mejillas con lágrimas.

## VI

**M**IGUEL parecía muy seguro de algo bueno. Lo indudable era que en todas partes era acogido con los brazos abiertos. En corto plazo, breves años de residencia en Madrid, pocas casas de la alta sociedad había que no pisase. Él no se empeñaba en forzar puerta ninguna, al contrario; había averiguado que un poco de reserva da mejor resultado que el afán de entrometerse. Tuvo también el arte de no herir a nadie en su amor propio, de evitar hacerse enemigos ni rivales, de alardear de pocas cosas y de ser, con las mujeres, discretísimo. Un par de aventuras galantes fueron más sospechadas que sabidas y salió de ellas amigo de las mujeres que abandonaba, y rendido, en apariencia, a sus pies. Rehuyó los lances de otro género, evitó la sociedad que no era la suya, y esto lo hizo sin afectación, sin herir susceptibilidades. Tuvo a la vez buena fama y un poco de aureola donjuanesca, lo suficiente para que no le llamasen un cena a oscuras. Puesto en ocasiones, no se dejó achicar y hubo sus lancecillos, que la madre siempre ignoró. Renunció a muchos goces, porque no tenía con qué pagarlos; mas lo hizo con tal discreción y habilidad, que nadie comprendió el verdadero motivo, por qué no aceptó la invitación de Rodrigo Perales, que se le llevaba a París a su costa. La preparación al doctorado, la redacción de la Memoria, le dieron pretexto abonadísimo.

¡La tesis doctoral! Era ya doctor en ciencias sociales, el mozo... Había ganado, no sólo en soltura y modales distinguidos, sino hasta en figura. Tenía la suerte de no ser lo que se llama un buen mozo; era ligero, cenceño, enjuto, alto, de negrísimos luminares en la faz descolorida, marfileña; las prendas le caían todas bien, y no decía ni hacía cosa que se prestase a la ajena ironía.

En Madrid un hombre soltero de estas condiciones, es buscado como elemento social en las reuniones más copetudas. Los solteros suelen huir de la sociedad y venderse caros, sobre todo cuando tienen una posición un poco alta; sin tenerla Miguel, empezaba ya más bien a rehusar invitaciones, a escoger despacio las que admitía. Claramente veía el santajustense que la mayoría de los solteros disponibles no le llegaban a la suela del zapato en bastantes respectos. Él tenía mejor facha, superior educación, mejor entendimiento y hasta un nacimiento más ilustre. Le faltaba... el resorte. ¡Ya vendría!

Las ideas de Miguel y su línea de conducta no eran cosa genial; pero tampoco muy común.

Veía el muchacho cómo sus amigos desperdiciaban, tiraban por la ventana caudal y hasta honra; cómo se encenagaban en vicios, cómo eran inútiles o más bien nocivos para sí y para los demás. Sabía los préstamos usurarios, los enredos indignos, el juego frenético, las apuestas locas, las juergas sin placer, y nada de esto reprochaba con frases de moralista; pero en su interior un orgullo altanero se alzaba para decirle: «¡Tú no tropezarás en esas piedras!»

Una mañana, al volver de la Universidad, se dio Miguel de manos a boca con un rostro familiar de los antiguos de Santa Justa.

Previo el abrazo indispensable, hubo las exclamaciones de rúbrica.

—¡Miguelillo! ¡Dichosos los ojos!

—¡Hornedo! ¡Tú por estas tierras!

—Sí, no soy de los que ruedan por la villa y corte... Estoy muy bien avenido con mi pueblo; ahora, a cada paso más, porque voy a casarme.

—¡Mil felicitaciones, querido! —pronunció con el pensamiento en otra parte Miguel.

—Se estima... Me caso con Casildita Benaya... La recordarás. Es muy mona y tiene su miaja de hacienda; pero no es por eso por lo que me ha atraído, sino que pensamos igual y somos partidarios los dos de una vida retirada y tranquila y de hacer economías en favor de la prole y para la vejez. De bambolla nada. Casildita me ha dicho que no gaste en tonterías, que no lleve lujos. Y así lo

haré. No prescindo de la pulsera por ser ya una cosa tan clásica; pero los señores de Hornedo son muy modestitos y en su modestia se han propuesto ser la mar de felices. No sé qué ideas tendrás tú, Miguelillo; pero pienso que la felicidad consista en moderar los deseos y en acostarse cada noche con un poco más de dinero, no por el dinero mismo, sino por la gran tranquilidad que proporciona. Andaremos despacio por no caer.

La cara de Miguel se había ensombrecido. Algo de lo que le decían resonaba en lo profundo de su ser. No un día, sino varios, a fuer de hombre avisado y cauto, se había preguntado a sí mismo si erraba su destino, si no hubiese hecho mejor en quedarse, en eterna penumbra, allá por el pueblo natal.

Sólo supo decir:

—Tu filosofía es sabia, Hornedo...

—No, a ti puede que no te lo parezca. Con franqueza, te diré que sentí que tus padres liquidasen sus bienes de por allá. Eran muy sanitos, hijo, muy sanitos. Algunos compré yo, pero preferiría no haberlos comprado. De corazón te lo digo. Bueno, tú figuras mucho aquí; leo tu nombre en todos los periódicos que cuentan los bailes y fiestas del gran mundo.

—¡Pch! —articuló Miguel—. Hay que divertirse un poco, cuando se es joven...

—¿Y tus estudios? ¿Sigues la carrera?

—¡No faltaba más! Estoy en el Doctorado. Voy a presentar mi tesis.

—¡Ah, bien! —aprobó el santajusteño—. ¡Siempre dije yo que eres hombre de provecho y que lucirías donde te presentases!

Una vacilación se notó en su actitud y en su cara. No se atrevía a romper.

—¿Querrías hacerme un favor? ¿Acompañarme a elegir la pulsera? Yo no entiendo una patata... Tú estás enterado de la última moda...

Y antes de que Miguel respondiese, se precipitó:

—Te espero en mi fonda y almorzamos allí juntos... No creas, guisan bien...

—Perdóneme —se excusó Miguel—. No he avisado en casa y no quiero que me esperen. A las tres estaré en la Puerta del Sol e iremos a las joyerías...

En casa contó Miguel el encuentro. Todos convinieron en que Hornedo les había querido dar una lección, y en que no era tal filósofo, sino un envidioso, que no podía aguantar que los demás creciesen. Alzados los manteles, tras de una comida frugal y sin primores, la madre tuvo un aparte con el hijo.

—Niño, no te lo había querido contar, pero sábetе que el dinero se nos va que vuela. Donde se quita y no se pone... Mira que los días van pasando. Casi cuatro años aquí...

—No se han perdido —afirmó Miguel—. Un poco de espera, mamá. No creas que me duermo. Sólo que no habría para mí cosa peor que aparentar prisa... Yo me entiendo. Ánimo y punto en boca.

Y, al ir a la cita con su conciudadano, Miguel llevaba muy fruncido aquel entrecejo de ébano, que daba a su expresivo semblante cierta severidad de arcángel vengativo. Era la hora... Y, en ese momento en que es *la hora*, y que en muy pocas vidas humanas deja de presentarse, un hondo estremecimiento sobrecoge a los más valerosos y seguros de la buena suerte.

## VII

AUNQUE ilusionado como un niño con el proyecto de edición de sus poesías, que Miguel andaba gestionando, don Jerónimo no había olvidado, en los cuatro años transcurridos, el agravio que su primo, el marqués de Grimaldos, le infirió al ir a visitarle. Clavado tenía en el corazón el ofensivo «usted». Hablaba con frecuencia del asunto, repitiendo que los nobles y los grandes señores verdaderos, en eso han de conocerse, en no mirar a sus parientes por encima del hombro. A la hora del café chirle que doña Ana «recolaba» por lo menos una vez, solía exaltarse Atienza, y juraba que había sentido tentaciones de atizarle, a aquel grosero, un bofetón de los de padre y muy señor mío.

Lo que alborotaba a don Jerónimo, era que los suyos no se incomodaban como él; que hasta parecían quitarle la razón. Miguel, sobre todo; tomaba de una manera tan rara la ofensa inferida a su padre... Por fin, se lo espetó.

Miguel se limitó a sonreír, mientras enrollaba la servilleta. A la segunda arremetida, tomó por fin la palabra.

—¿Qué quieres que te diga, papá? Te hubieses portado como un chiquillo si realizases esos impulsos de pegar que has manifestado, afortunadamente muy tarde. No te infirió ofensa alguna, lo que se llama ofensa, el marqués de Grimaldos. Te lo aseguro. Si lo creeré así, que yo le trato bastante a ese señor (se me figura que ya te lo he dicho), y me consta que es una persona llana y afable.

—¿Que tú le tratas?

—Sí, papá, y no sé por qué te sorprendes. Ya te dije que le conozco de casa de Escalada. El que aquí trata a una docena de

personas, trata a las restantes. Además, ¿no somos tío y sobrino? ¿No es natural que le haya presentado mis respetos?

—¿Y... cómo te dice?

—¿Cómo me ha de decir? Me tutea.

—Pues sería más lógico que me hubiese tuteado a mí, que estoy un grado más próximo —estalló Atienza.

Doña Ana intervino.

—¡Jeromín, si tutea a Miguelillo, ya no se porta mal! ¡Se me figura!

—Claro, me tutea, y me llama sobrino —aseguró Miguel.

Don Jerónimo no sabía qué replicar. Le inflaba el que su hijo dijese «tío» al magnate, y por otro lado, encontraba que bien pudo empezar por él, Atienza, este reconocimiento del parentesco «cercano, sí señor, muy cercano». Doña Ana, picada de curiosidad, hacía preguntas:

—Y... ¿qué familia tiene el marqués?

—Es viudo. Le han quedado una hija y un hijo.

—Buenos partidos serán los nenes, ¿eh?

—Supongo que sí, porque Grimaldos es opulento, según cuentan, y su mujer era riquísima —pronunció, con indiferencia afectada, Miguel.

—El hijo —prosiguió— está en la Academia militar; será artillero. La muchacha es la mayor.

—¿Guapa, guapa?

—Sin ser una hermosura, es graciosa y simpática mi prima.

La madre estaba como si le hubiesen aplicado una pila eléctrica. Saltaba en la silla. Temblaba.

—¿Y —exclamó al cabo— te tutean también la primita y el primo?

—El primo no —respondió secamente Miguel, que pensó, en un juego imaginativo, en el *caballo de espadas* de la baraja de Paquirá—. Es algo adusto... raro... peñasco, como dicen. La prima, sí. ¿Y qué? Hoy en día, las muchachas suelen tutear a los muchachos con quienes bailan; de modo que...

Hubo un silencio. Miguel hizo una bolita de pan y la dejó caer sobre las mondas del queso que aún estaban en el plato.

Don Jerónimo, titubeando, le interrogó:

—¿Y... no te ha dicho nunca Ramón, algo de la visita que le hice?

—No he tocado esa conversación —declaró el hijo—. Conociendo como conozco ya al marqués de Grimaldos, estoy seguro de que no ha tenido ánimo de ofender a usted en lo más mínimo. Es un hombre más bien afectuoso, y con un talento natural muy despejado. ¿A santo de qué iba a ofender a nadie?

Don Jerónimo sintió como si le aplicasen un bálsamo en una llaga enconada y antigua.

—Crea usted —añadió Miguel— que lo más airoso, en casos tales, es no darse por resentido ni aun por enterado.

Bajó Atienza la frente y se mordió los labios, porque, efectivamente, en sus tertulias de la trastienda del anticuario, había dejado escapar algunas frases duras para «el finchado» de su primo. Ahora le pesaba. Una conversación accesoria, pero de sumo interés, vino a distraer los ánimos de la familia. Dentro de pocos días iba a celebrarse el baile de los fraques encarnados en casa de la Orvieto. Nadie habrá olvidado que esto de los fraques de color fue una moda que duró poco y sólo aprovechó a los sastres. En aquel momento estaba en todo su auge el langostinismo, como le llamaba algún zumbón, y la fiesta de la Orvieto, de la cual se hablaba hacía casi un mes, sancionaba la prenda por algún tiempo. Miguel significó a su madre que iba a encargarla, y no a un sastre ramplón, y a la par, el calzón de negro raso, las blancas medias de seda y el escotado zapato reluciente. Claro es que, así al pronto, doña Ana sintió frío en los huesos. Representaba un desembolso de más de quinientas pesetas.

—No hay remedio —decidió el muchacho.

Ya tenía prestigio en su propia casa; sabían de sobra que no empujaba a gastos inútiles. Cuando él lo decía... Nada, que encargase el cangrejo. Hasta el último instante, dispuestos estaban al sacrificio. Doña Ana, sin decirlo, pensaba que, a ser preciso, empeñaría su propia piel. Y ahora que... Una idea difícil de explicar, un presentimiento o sueño, le escarabajaba dentro de la fértil imaginación meridional, sugiriendo un porvenir, ya entrevisto como a la luz de un sol gozoso. ¡Aquella primita, que tuteaba a su Miguel! Allí había gato encerrado. Ya lo creo que pagarían el frac rojo, y tres más doce. ¡Y que no estaría bien el niño con ese caprichoso traje! ¿Eh, Jeromo? Quedó

todo convenido. Por la tarde, en su tertulia de la trastienda, don Jerónimo, puerilmente, trajo la conversación hacia la fiesta de la Orvieto.

—Muy bonita dicen que va a ser... Pero los papás no la encontramos tan de nuestro gusto. Lo del frac rojo es una contribución. Mi chico va a encargárselo...

## VIII

CUANDO se vistió Miguel sus galas, la noche de la fiesta famosa, le quiso servir de ayuda de cámara su madre, que disfrutó, al hacerlo, como hubiese disfrutado, a ser coqueta y joven, preparándose ella misma para lucir sus mejores galas y hacer su conquista primera. Estaba alegre, chancera, con su hijo; le hacía guiños, le obligaba a echarse un poco atrás y a quebrar la cintura, para que se apreciase el buen corte de la prenda.

—Miren mi niño —repetía—. ¡Un sol parece! ¡Cuántos habrá allí esta noche que resultarán, con el cangrejo éste, monos del Circo!

Y, un momento después, añadía:

—¿La primita no faltará en el baile?

Miguel se puso algo serio. No le gustaba que fuesen por ese camino las bromas. Paquira, que se había colado sin pedir permiso, requebraba al señorito a su modo, con violentas exclamaciones:

—¡Josú, ole los hombres! ¡Ole mi rey! Otro como él no se ven en to Madrid. Arrevuélvete, que te mire. Hecho a torno estás, palomo, y un pintor no te pinta más guapo.

No sabiendo si reírse o atufarse, Miguel optó por lo primero. Hizo a Paquira unas reverencias cómicas, de las del minué que todas las tardes ensayaban en casa de Orvieto. Sacó a bailar a su madre, rodeándola la cintura y besándola. Ella exhalaba carcajadas vivas.

Don Jerónimo, que entró impensadamente, también celebró el suceso. Fue un momento feliz, quién sabe si el más feliz que les concedió el hado a aquella familia tan colmada de ilusión.

Miguel, en efecto, con el atavío de moda parecía más apuesto, más varonil, porque su fina figura iba pasando de la primera juventud a la edad en que la fisonomía se señala. El cuerpo que dibujaban el bien cortado frac y las calzas de seda, era proporcionado, suelto y hasta vigoroso, sin exceso alguno de carne ni de huesos. Bien formadas y musculosas las piernas, meridional el pie, de curvo puente, justificaba la gallardía de Miguel los babosos estremecimientos del orgullo maternal.

La propia doña Ana le trajo y le echó sobre los hombros la airosa capa española y le subió los embozos grana hasta la nariz.

—No vayas a pillar frío, criatura de Dios... La noche está cruel, hiela mucho. Tápatelo al salir; ten cuidado.

Mayor sería el engreimiento de la madre, si pudiese, dos o tres horas después, ver a Miguel ocupando una silla al lado de su prima, la señorita de Grimaldos, con la cual bailaba el cotillón. En realidad, no era bailar aquello; el objeto era permanecer sentados el mayor tiempo posible, charlando en una voz como acolchada, sin estridor alguno.

A su alrededor, murmurábase que «aquello» era cosa hecha. El ligero *flirt* se definía ya, tornándose cosa seria y hasta autorizada. Grimaldos había recibido muy bien las veladas felicitaciones que le dirigían, y la Orvieta, desde su altura de definidora social, hallaba la idea perfecta, y, además, naturalísima.

¡Alguna vez se había de animar Candelita, que no hacía caso de nadie!

Candelita Grimaldos tenía unos tres años más que Miguel. La fama aseguraba que nunca mostró prisa de cambiar de estado. Varias combinaciones matrimoniales, dadas por seguras, habían fracasado inmediatamente. Ahora, por lo visto, le había llegado el momento. Bastaba ver las rosas que le florecían en las mejillas, el brillo húmedo de unos ojos que no se apartaban de su primo.

Éste la había definido bien: sin ser una belleza, Candela Grimaldos era atractiva y poseía lo que a su alrededor llamaban un *charme*. Menuda y morenita, los detalles de su cara y cuerpo valían más que el conjunto. Era de tipo infantil, y los dientes como piñones de nácar y los ojos color de castaña madura, sombreados por pestañas sedosas y espesas, caracterizaban una fisono-

mía interesante. La cabeza parecía inclinarse al peso de una cabellera magnífica, rojiza como las de los donceles que pintaron los venecianos. Las muchachas que habían tomado parte en el minué, vestían aquella noche de época Luis XV; pero Candelita, siempre independiente, aceptando el disfraz, se dejó sin empolvar el pelo, en el cual lucía una de las soberbias alhajas hereditarias, una tembladera de brillantes, centrando un cintillo de las mismas piedras, que rodeaba el peinado.

Miguel le hablaba de la gente, de la atención de que eran blanco. Y ella, no sin asomos de cólera, respondía:

—No te dé cuidado. A paseo, si no les gusta. No veo por qué hemos de guardar el secreto. ¿Es algún delito el que cometemos? Me parece que no.

—Pues si tú piensas así, figúrate yo qué pensaré —reponía Miguel, envolviéndola en el fluido de larga mirada pasional—. Lo único que me cohíbe un poco, Candelines, es la actitud de tu señor hermano. Eso confieso que me molesta. Y no creas, por ahí le sacan punta a eso.

—¡Bah! ¡Ríete, Miguel! Fernandito ha sido igual toda la vida. No hay nada que le venga bien. Ridículo, Quijote. Como no es él, sino yo, quien va a casarse —digo, si tú no resuelves otra cosa —añadió con picaresca gracia—, permitirá el señor don Fernando Grimaldos y Fuenteseca que nos pasemos sin su bendición.

—¿Estás segura, segura, de la de tu papá?

—No sé por qué me lo preguntas. Bien habrás notado cómo te recibe. Papá es un hombre de criterio, y, además, está persuadido de que yo no he de casarme sino con una persona que me pete. Cansado está de que yo no admita arreglos y combinaciones, que serán excelentes, ideales, pero no son los míos.

Y en un arranque voluntario agregó:

—¡No faltaba más! En esto no admito que nadie se mezcle, nadie. Y te añado que papá se alegra muchísimo de que yo me decida. Le he sujetado demasiado al pobre, en estos últimos tiempos, desde que falta la pobre mamá, que era mi compañía. ¿Sabes lo que debemos hacer esta misma noche? A la salida, te presento, y le digo sin más, ni más que eres mi novio.

—No, Candelita —protestó Miguel, con su precoz gravedad—. Las cosas no se hacen así. ¡No se presenta a un novio de frac en-

carnado, estando la novia vestida de Pompadour! ¡Te advierto que yo tomo muy por lo serio la vida! Tú hablas con tu padre en tu casa, a solas, y le adviertes, en primer término, que soy pobre. ¡Eso, ante todo! También tú reflexionarás sobre el caso. Mira que lo pienses muy bien, Candelita. Antes de pasar el río, pensarlo.

Nada contestó la muchacha, en el primer momento. Abría y cerraba su abanico, y crujían las delicadas varillas, delatando un poco de nerviosidad de la dueña. Acababa de notar, como nota el sofrenazo el potro, la energía de una voluntad llamada a imponerse a la suya. Por fin, alzando la vista y clavando en el simpático semblante de Miguel, una mirada toda fuego, murmuró risueña:

—¡Tonto!

Acabaron el coloquio citándose para el otro día, en el Retiro.

—¿Eh? ¿Que no faltes? ¿Ya sabes, en donde se tuerce para el Palacio de Exposiciones?

Dos días después de la fiesta de Orvieto, cuyas crónicas llenaban columnas en los diarios de más circulación, don Jerónimo participó a sus contertulios que ya estaba en prensa el tomo de sus juvenilia.

—Mi hijo se ha empeñado... ¡Me da una prisa!

Hubo felicitaciones, apretones de mano... En aquel grupo, dividido en dos categorías, a un lado los poetas y dramaturgos, escondidos; a otro los eruditos más o menos encerrados en su especialidad, existía unión casi masónica.

—Y aún tengo que comunicar a ustedes otra novedad... Miguelillo quiere que dé a la estampa unas fruslerías... Un catálogo de santajustenses ilustres; cosas que creo ser el primero en haber averiguado. El escultor Sobarbero, verbigracia, que dejó ese admirable grupo de las Marías al pie de la Cruz, ¿no fue natural de Santa Justa? Allí estaba don Jerónimo para probarlo, fe de bautismo en ristre. Y el arzobispo don Leonardo Núñez de Covisa, que fundó un Hospital en Granada, ¿dónde vino al mundo, sino en la calle de enfrente a aquella en que moraba en Santa Justa, don Jerónimo? Nació el arzobispo el año de gracia de 1739... De hoy más, Santa Justa no desconocería a sus hijos insignes; nacería la conciencia de Santa Justa.

Redoblaron los plácemes. ¿Tan callado se lo tenía don Jerónimo? Cátales ya con sus dos flechas en su cerco: una apuntando a la Española, otra a la de la Historia, directamente. Un poco de envidia sazónaba estas felicitaciones. Bajo el sayal hay ál, según la frase favorita de Curzón, uno de los conspicuos del grupo. ¡Dos libros! ¡Vea usted con lo que nos sale el santajusteño!

Uno de los eruditos propuso que, antes de sacarlas a luz, la víspera, por ejemplo, leyese Atienza, en el Ateneo, la flor de sus poesías... Pero el nombre del Ateneo produjo efecto pésimo; allí no podían entender la Musa de don Jerónimo: privaba lo lial, lo glauco y lo macabro.

—¿Querrán ustedes creer que tiene allí adoradores un nicaragüense, que se ha bajado de un cocotero, porque los cocos contienen agua y no vino?

Se celebró con gran algazara la sátira de Rubén Darío. Don Jerónimo, cuando se la explicaron —no estaba al corriente— también se rió las tripas.

Miguelito, por distintos motivos que su padre, no cabía en sí de gozo. Aunque no las había presenciado, tenía referencias de dos entrevistas: la de Candela con el marqués y la de éste con su hijo Fernando, venido por veinticuatro horas, en uso de brevísima licencia, a Madrid.

El alumno, encerrándose con don Ramón, insitió en que era preciso «deshacer ese nublado que se les venía encima». Hablaba con pasión, con tono rígido y cortante, alborotado por las nuevas que le habían llevado a la Academia dos compañeros, que tuvieron permiso para el baile de la Orvietto, porque ella misma se lo pidió al ministro, su asiduo tertuliano. Sabía el escándalo: Candela toda la noche colgada del brazo de «ese busca bolsillos», dando lugar a que se creyese concertada la boda. Pero no había de ser, voto a... mientras él, Fernando Grimaldos, estuviese en este mundo. No toleraría semejante tunantada.

El padre le oía, impaciente. En aquellas cejas juntas y espesas, en aquella cara como cerrada, hermética en la resolución, encontraba el rasgo que había transmitido a los hijos la esposa: la terquedad, el carácter porfiado, voluntario, imperioso. Él era diferente, ¡y hasta qué punto! Flexible, conciliador, hombre de mundo y un tanto escéptico, nada le repugnaba como lo que so-

lía llamar la tragedia doméstica. Así decidió no tomar en serio las alharacas de su hijo.

—Bien, Fernando... ¿y qué defecto le pones al novio de Candela?

—¿También usted le llama novio?

—Tú diras cómo quieres que le llame.

—Pues le pongo el colosal defecto de que viene buscando lo que no tiene... ¿eh?

—Pues hijo, en eso es un sabio. ¡No te vendría a ti mal buscar por ahí un poco de prudencia! No me mires con ojos de traidor de comedia, que es del género tonto. Ese muchacho, a quien tanto detestas, es lo que por aquí no abunda: un hombre.

—¿Y los demás, qué somos? —protestó atufado Fernando—. Por hombre me tengo, y ya lo verá el gandul.

—Calma... Digo que es un hombre, porque, tú mismo lo proclamas, sin grandes recursos, ha sabido conquistarse un puesto en la sociedad, y ni es vicioso, ni holgazán, ni ignorante, ni tramposo, ni borracho, como muchos que tú sabes de memoria...

—Fernando se puso color de púrpura, porque no le faltaba inclinación a algunos de esos vicios, aunque de otros estuviese libre—. Yo —prosiguió el marqués— sé que, al consentir esta boda, hago la felicidad de tu hermana, que necesita una mano que la guíe, un compañero que sepa conservar su fortuna personal y la que herederá de mí. No tendría la misma tranquilidad, te lo confieso, si la casase con Cinto Begoña, ni con Diego Altacruz. ¡Mira tú lo que son las cosas!

—Puesto que está usted tan enterado de las cualidades y méritos de su futuro yerno —dijo entre dientes Fernando—, podía usted informarse también de su biografía.

—¿Su biografía? —saltó el marqués—. La conozco, y no hay en ella nada que deshonre. Es un muchacho de una familia tan buena como la nuestra, puesto que por un lado, Grimaldos, que es el de la madre, es la misma; y por Atienza... ¡preparate, hombre!, la considero más antigua y mejor. Es, como te dije, un hombre sin vicios, estudioso, formal, que adora en sus padres, y con una inteligencia nada vulgar. No se le puede acusar sino de pobre; eso, lo proclama él mismo. ¿Dónde está el inconveniente?

—¿Que dónde está? Papá, en la Academia hay un muchacho de Santa Justa; y sabe por su familia, que los conoce, que estos señores de Atienza han vendido cuanto poseen, tierras y casas, para poder venirse a Madrid, a colocar ventajosamente a su hijo. Eso, por complot casero, y de caso pensado. Contaba con la figurita del chico y con su labia. Éste es el bonito cálculo de que va a ser víctima mi hermana. ¿Y quiere usted que yo lo sufra? Pues no lo sufro, ea. Le aseguro a usted que no se hará semejante casorio.

Don Ramón Grimaldos se había quedado un poco perplejo. Realmente la noticia le hacía reflexionar. Variaban por completo las cosas; es distinto ser pobre y casarse con una millonaria, porque resulta así, que venir en peregrinación a procurarla, despojándose de todo, como el jugador que apunta a una carta, y si no sale la que le conviene, no tiene más remedio que pegarse un tiro.

—Oye, Fernando. Tú puedes, si quieres, enterar de eso a tu hermana. Yo que tú no la enteraría, porque está enamorada, y a un enamorado no hay modo de convencerle. Pero haz lo que quieras. ¡Y no me hables más del asunto! Si ella se empeña, apela a tu razón: no podemos evitarlo.



## IX

**N**O había contado Fernandito con la sagacidad de su cuñada futuro, Miguel, en vez de esconder torpemente la verdad, había seguido la mejor táctica, la que salvaguardaba su dignidad y su decoro, y por él mismo sabía Candela que, en efecto, los padres de su novio habían tomado la radical resolución de realizar sus bienes; pero no con el bastardo propósito que Fernando hacía resaltar, sino con otro que de generoso podía calificarse; el de dar a su hijo lucida carrera, y suministrarle los medios de buscar en el foro o en la política una situación brillante.

—No sé si en esto hicieron mis padres bien o mal —añadía el hábil pretendiente—. Tal vez presumieron demasiado de mis méritos. Es fácil que ellos y yo nos llevemos un desengaño...

Y transcurrido un espacio de silencio en que Candela parecía reflexionar, Miguel agregó:

—Por eso creo, Candelita, que tiene razón tu hermano en oponerse a nuestra boda. Realmente, yo no soy el novio que puede convenirte. Fíjate bien, niña, en lo que vas a hacer.

Ella, exaltada, había replicado:

—¿Te quieres callar? ¡Sólo faltaba que entre los que se oponen te contases también tú!

Él se rió. Luego, con el tono del que algo recuerda, exclamó:

—Pues pudiera suceder que también en mi casa, encontrásemos oposición. Candelita, ¿no sabes? A poco de llegar aquí, mi padre fue a visitar al tuyo... Creo que la primera visita que hizo. Como eran parientes, mi padre le tuteó y el tuyo le devolvió un «usted» muy seco. Y me temo que cuando le diga que nos queremos va a soltarme una chillería.

—No, Miguel mío —articuló Candela—, te respondo que papá desagráviará al tuyo. Además, en eso, el tuyo tiene razón...

Este diálogo pasaba en el Retiro, que la primavera empezaba a vestir de verdes frondosidades. Miguel miraba complacido la graciosa figura de Candela, y un pensamiento íntimo le hacía más grato el momento y las palabras que acababa de escuchar. Recordaba que era justamente aquel supuesto desaire inferido a su padre lo que le sugirió la idea de que la hija del marqués de Grimaldos fuese un día su esposa y a tal fin había marchado resuelto, cierto de su destino. Al ver logrado el propósito, es cuando comprendía el atrevimiento de su designio.

Ahora, conseguido el objeto, Miguel se proponía otro; criar, como se cría un delicado gusano de seda, el capullo del amor. Todo su artificio era hasta repugnante, si el amor no le salía de él, si no aparecía la divina mariposa. Candela sería tan feliz que nunca se arrepentiría de haberlo elegido. Y ofreciéndola el brazo mientras la *miss* continuaba su eterna lectura en el banco donde fingía no ver, Miguel arrebató a Candela y murmuró a su oído:

—¿Te acuerdas, nena? ¿En casa de Orvieto? ¿El vasito de naranjada? ¿La habías empezado tú y la acabé yo? ¡Cómo se reía aquel criado gordo disimuladamente, aunque con un mohín escandalizado! ¡Lástima que no nos viese ahora! Voy a beber otro licor más dulce...

Y lo bebió, ávido, en la boca febril de la enamorada...

Por la tarde, aun siendo Miguel todo lo reservado que era, ya no pudo menos de enterar a sus padres de lo que sucedía. Estaban en el despachito de don Jerónimo, que invitaba a conferencias. La madre enclavijó las manos y alzó los ojos al cielo como en muda plegaria. El padre tartamudeaba de gozo y no sabía hacer más que repetir:

—Bien, Miguelillo... ¡Hola, hola, hola, Miguelillo!

Hubo que explicarles la historia de aquel suceso tan grande. No era ya un secreto; lo sabía todo Madrid y un revistero lo había anunciado en forma de charada, con insinuaciones y eufemismos de los que en tales casos se acostumbraban.

—¿Es que no lo creéis? Pues lo veréis muy pronto. Mamá, hazte un traje bonito para el día de la petición de mano. ¡El último

esfuerzo; yo necesitaré, para quedar decentemente, siquiera tres mil duros!

Tembló la madre. No les quedaba ya esa suma. Y casi al mismo tiempo que pensaba en la falta de lo que más se necesita en este mundo para todo, para lo malo y para lo bueno, para vivir y hasta para morir; sus ojos se fijaron en la pared de enfrente.

La decoraba una estantería de antiguo roble y se alineaban en ella los libros —no todos, ¡ay!— de don Jerónimo, con sus lomos leonados, de antigua piel, donde apenas brillaba apagado algún filete de oro. Y encima de la estantería y del sillón en que se sentaba el santajusteño largas horas, como si tuviese grandes trabajos que desempeñar —reía constantemente, con su gesto franco de mujer del pueblo, la morenaza, la Madre—, mientras el niño, impaciente, alzaba el blanco pañuelo que cubría el seno virginal hinchado de leche y el corderillo, eternamente, probaba a trepar... Doña Ana recibió del cuadro un rayo de luz, una inspiración. ¡Allí, allí estaba el clavo a que agarrarse! ¡El Murillo! ¡Tantas veces había oído repetir a Jerónimo y a algunos de sus amigos que cualquier aficionado rico, y no digamos si era un inglés, pagaría por el cuadro lo menos un millón de reales! ¡Nada, una visita al anticuario y todo listo! A Jeromín se le partirían las telas del corazón, corriente... Pero no iba a negarse tratándose de lo que se trataba. ¿Y si se negara? ¡Bah! Había que buscar el modo... ¡Tres mil duros! Cuenta con ellos, hijo...

—Pero ¿es seguro? —dudó Atienza que estaba como embozado.

—Vais a tener pruebas. Hoy mismo viene el marqués de Grimaldos a hacerte una visita, papá. Dice que quiere borrar por completo aquella mala impresión y que seas amigo suyo de veras. Quiere hablarte, dice, de tus poesías y que encargues una buena agua fuerte de tu retrato para encabezar el libro. Ha empezado a hacerte la campaña para tu candidatura a la Academia. Dice que aun cuando el libro no esté publicado aún, hay que prepararle el éxito. En fin, no quedarás descontento. Traerás flores y le darás al portero un durillo para que abra él mismo la puerta cuando venga el marqués...

—¿No te parece —sugirió don Jerónimo temblando de puro contento— que debemos... que estamos en el caso de dar la noticia a Paquira?

Pareció muy bien y vino la mora.

—Paquira, íse casa el niño!

La mujer fijó sus ojos de azul córnea y negrísima pupila en Miguel, ansiosamente.

—¿E con la que tú quería, salao mío? —preguntó anhelante.

—Con esa misma, ¡prenda! —contestó riendo Miguel.

La mora se disparó como si la impulsase un resorte y fue a cogerle en brazos, a estrecharle, a acariciarle la frente. Él exhaló una leve queja.

—¿Qué tienes, hijo? —preguntó inquieta la madre.

—Nada... Me duele la cabeza un poco y al abrazarme esta fiera...

—Eso —declaró doña Ana— es falta de sueño. Te acuestas muy tarde, y por la mañana a las diez ya estás en la calle. Voy a buscarte un sellito; aún me quedan dos o tres...

FUE en el despacho donde el buen Atienza recibió a don Ramón, que venía con los brazos abiertos y la sonrisa más cordial en los labios. Contaba don Jerónimo con el buen efecto de aquella habitación reveladora de gustos cultos y de una vida siempre decorosa, para producir en su primo grata impresión.

Después de las primeras explicaciones —perdona, Jerónimo, no vuelvas a acordarte de la tontería de un distraído; yo aquel día no estaba bien, y además, siempre hay preocupaciones... —alabó Grimaldos la habitación y los muebles.

—¿Son antiguos, de *nuestra* casa? —preguntó halagüeño.

—¡Por Dios! Unos pobres trastos que teníamos en Santa Justa, desde el año del rey que rabió... Lo único que vale algo aquí es el Murillo...

Por un caso frecuente, el señor señalaba sin mirar. Don Ramón dominó un gesto de asombro. En la pared, donde le indicaban, no había nada.

—¡Ah, sí, el Murillo! —repitió muy diplomático—. Yo, por más que digan, sigo admirando a Murillo. Y creo que...

Pero ya don Jeromín advertía la falta. Y, sin meditar lo que hacía, dejó a Grimaldos con la palabra en la boca, y salió al pasillo gritando:

—¡Ana! ¡Ana! ¡Anita!

La señora se precipitaba ya, a medio vestir, torcido el moño y dejándose el armario abierto. En el tono de la voz de su marido comprendió que algo grave ocurría.

Casi sin darle tiempo a saludar a Grimaldos, Atienza arrastró a su mujer y la colocó ante el lienzo de pared donde el cuadro solía estar.

—¿Y mi Virgen? —exclamó violentamente.

—¡Ay, hijo! ¡Qué susto me has dado! —contestó la señora—. Perdone usted, marqués. ¡Este Jeromo es como un niño! ¿Dónde quieres que esté el cuadro? A limpiar, en casa del restaurador.

No era muy verosímil la explicación, pero Atienza con ella hubo de contentarse. Grimaldos, hombre de mundo, lo echó a broma.

—Hay que hacer lo que quieren las señoras, primo... Ana, alabo tu idea; esos lienzos antiguos casi llegan a no verse, de sucios que se ponen con los años. Ya lo admiraré otro día. Porque pienso volver... Ahora, ¿no os parece que es mejor hablar claro desde luego? Bien lo sabréis: los chicos han decidido casarse, y yo entiendo que la cosa la debemos arreglar aquí mismo, sin esos trámites de petición que ya son una pesadez. No os cause extrañeza; tengo por más prudente proceder así, y os diré la verdad: mi hijo Fernando, no sé por qué, porque se deja impresionar por algún amigo, o por capricho, o por algo que enténdalo el demonio... ha dado en la manía de oponerse a la elección de su hermana. Así es que haremos la boda, no diré que a cencerros tapados, pero sin ruido, por evitar que, ofuscado como está, cometa una tontería, dando que hablar a la gente. ¿No os parece mejor así? Fernandito ahora se encuentra en Segovia, y supongo que no le dejarán venir tan pronto... Al menos, yo he tomado para ello mis medidas y manejado algunas teclas. Sin embargo, si ganando tiempo no se logra que cambie su actitud, haremos la boda... ya veremos dónde y cómo; yo poseo, en Sanlúcar, una hermosa casa: allí no sería difícil... En fin, por lo pronto, ¿estáis conformes, verdad?

Un escrúpulo de hombre de bien y de provinciano meticuloso asaltó a don Jerónimo Atienza.

—Ramón, permíteme que te diga... Aunque ya sé que Miguel no lo ha ocultado... Nuestra fortunita...

Un ademán de cordialidad y un ichist!, jaranero, fueron la réplica de Grimaldos.

—De eso no hay para qué hablar. Mi hija puede tener el gusto de casarse, según se lo dicte su corazón. Pero yo, que no me hallo, comprenderéis en el estado psicológico de la muchacha... si me pongo a escoger, creo que no escojo otro yerno. Miguel vale cuanto pesa.

Oía doña Ana enternecida, con lágrimas de gratitud al borde de sus párpados. Por su impulso, hubiese besado las manos al marqués.

—Vuestro Miguel... *nuestro* Miguel, quiero decir, es una inteligencia, y yo cuento con su ayuda para la política y para la administración de mi casa. Será un caso de yernocracia y nos criticarán; pero me tendrá sin cuidado, porque en breve, Miguel se impondrá por sus méritos propios. No necesita sino eso, poder luchar en buenas condiciones. Yo con mi hijo no cuento mucho: no sé por qué, si por un carácter algo díscolo o porque tiene hecha su posición; se me figura que no ha de ser de los que trabajen y se ocupen. De modo que creo que me entenderé mejor con mi yerno, al cual, descaradamente, pienso dar todo el realce que pueda. No os riáis. Los demás lo hacen y no lo dicen. Yo tampoco lo digo sino aquí... en familia.

Cuando Grimaldos bajaba las escaleras, marido y mujer prrumpieron en una exclamación vehemente:

—¡Pero qué simpático! ¡Qué encanto de hombre!

Casi inmediatamente, sin embargo, una preocupación remaneció en Antienza.

—¿Anita, hija, el cuadro? ¿Mi Virgen? ¿Qué has hecho con ella? Dime la verdad. Porque eso de limpiarla...

—¡Parece imposible, Jeromín, que ahora te ocupes de eso! ¡Me diste un buen sofocón! ¿Qué habrá pensado este señor? ¡Sí que tienes cada cosa!

—Dime lo que ha sido de mi Murillo —insistió él, cejijunto, casi colérico.

Doña Ana guardó silencio, bajando la cabeza.

—¡Vamos, lo has vendido por tres pesetas! ¿No reparas en quitarme la vida, eh? Porque yo no he querido nunca separarme de ese lienzo, que fue de mis abuelos y de mis padres, y que nos daba la paz y la suerte, ¡créelo, Anita! Faltándonos la Virgen, nos faltará todo. Nos traerá la desgracia. ¡Mi Virgen! ¡Mi Virgen! ¡Esta pena, cuando ya se acerca la vejez!

—Calla, calla —advirtió la esposa—, que estás tentando a Dios con esas tonterías. ¿Qué importa un lienzo pintado, cuando estamos tratando del porvenir de nuestro hijo, que nos ha salido de las entrañas? Déjame de guasa ya y hablemos de lo que im-

porta. ¿Qué, no te conformas? Pues sábette que la Virgen, ni aún de Murillo puede que sea. Tu amigo el anticuario dice que le parece un Tovar... ¡y quién sabe si una copia!

Se demudó el semblante de don Jerónimo más de lo que estaba; y, perdiendo los estribos, soltó un taco, cosa en él rarísima, y añadió:

—¡Mi amigo el anticuario es un fino ladrón! ¡Por algo no había yo querido enseñarle nunca mi Virgen! ¡Y tú vas y se la entregas!

—¡Oye! —interrumpió la señora—. El niño acaba de entrar. Conozco sus pasos y cómo llama. Y se ha ido hacia su cuarto. ¿Tendrá algún disgusto, por razón de ese condenado de hermano de su novia? Voy a ver.

Entró en el dormitorio. Miguel estaba echado sobre el sofá.

—¿Qué tienes, mi vida?

—No sé —respondió el muchacho—. La cabeza me duele muy a menudo estos días, y ahora parece que aprieta el dolor... aquí, en la nuca...

—¡Y estás de mal color! ¡Te arden los ojos! ¡Acuéstate, acuéstate! ¡Luego vendrá el médico!

Miguel se resistía a acostarse, pero realmente no tenía fuerzas ya para permanecer de pie. Había luchado unos días, por no dejar de ver a su novia, y acaso este mismo esfuerzo le empeoraría.

—Estoy como loco —añadió—. No llares al médico por ahora. Cierra las maderas y déjame dormir, que así se pasará.

Obedeció la madre y entró en el despacho donde Atienza miraba con pena definitiva el sitio vacío de la Virgen.

—Jeromín —sollozó la señora— mira si era la fija... No pienses más en el cuadro. Tenemos al niño enfermo.

—¿Lo ves, Ana? ¡Todas las fatalidades vendrán; al salir de aquí la *Señora*, nos ha dejado sin protección! ¿Qué es lo del niño?

—No lo sé, pero es cosa mala. Un color trajo, como un difunto. Ya hace días que noto yo que apenas come, pero le eché la culpa al noviazgo.

—Pues ahora mismo voy a avisar al doctor, que no vive lejos.

—¡Mejor sería que avisases por teléfono, por el de la portería!

Subió Atienza y advirtió que el doctor no podría venir hasta la mañana siguiente.

—¿Por qué no llamamos a cualquiera? ¿Al de la casa de Socorro? —balbucía la madre ahogada con un cabello.

—Mujer, no será para tanto. Pronto pasa la noche.

Toda ella, rondaron doña Ana y Paquira la habitación donde el enfermo, entre su modorra, se quejaba sordamente, con ese gemido confuso que es como la conciencia de la vida amenazada. A veces, doña Ana, entrando sin zapatos, por no hacer ruido, le ponía ligeramente la mano en la sien.

—Jeromo —decía al padre, derrumbado en una silla— tiene una calentura que vuela. Eso lo digo yo, sin necesidad de médico.

Vino éste, por fin, a cosa de las once de la mañana. Reconoció, aplicó el termómetro y puso ceño. Fuera ya del dormitorio, hizo su sarta de preguntas. También interrogaban, temblando, los padres.

—Es una infección —declaró el doctor—, una infección general, de carácter... Bueno, una infección. Al cruzar por el pasillo me ha parecido notar algo, que ustedes acaso ya no perciben por la costumbre. Más valiera que se atendiese a la higiene, en las viviendas, y no a tanto adorno y tanta garambaina. Son verdaderos crímenes los que se cometen al construir así.

—¿De modo que es mucha cosa esto, doctor?

Al través de la puerta se oían unos sollozos histéricos. Paquira hipaba, limpiándose los ojos con la punta de su mandil, asaz, sucio.

—No se puede hacer todavía un pronóstico cerrado. Si mañana siguen las temperaturas tan irregulares y pegando estos saltos tan repentinos, convendrá que vengan dos compañeros y celebraremos junta...

Y viendo el rostro de Dolorosa de la madre, atenuó un poco:

—¡Ánimo... Haremos todo cuanto se pueda!

Miguel, en un intervalo lúcido de su modorra y del subdelirio que se iniciaba, pidió papel y pluma, y, apoyando el pliego en un libro, trazó dos líneas, con mal pulso: «Candelines, lo que

siento más de estar enfermo, es no verte. Por esto último, compadece a tu Miguel, que te adoraba...» Él mismo no se dio cuenta de lo triste del pretérito. Su instinto le decía «muerte»... Pero todo lo que pasaba por su cerebro era confuso, inconsciente, aun cuando dominaba la idea de que amaba de veras, de que no era un indigno explotador. En su alma, la enfermedad, la calentura ardiente, antes de quemar su sangre, la encendía con fuego romántico, en el cual, la figura de su prima se envolvía en resplandores de infinita ilusión. Porque hombres del temple de Miguel, al orientar la voluntad, orientan a la vez el sentimiento y saben crearse su mundo afectivo... ¡en este caso, bien inútil virtud!

—Oye, madre —suplicó en otro momento de lucidez—. Si viene a preguntar Candela, no la asustes, no exageres... Y no le vayas a transmitir ningún detalle sucio, ¿te enteras?, ninguna de esas cosas antipáticas de la enfermedad...

—No tengas miedo, niño...

No quería Miguel que la amada formase de él una imagen repugnante. La enfermedad degrada, y en ella, las bajas necesidades de nuestra naturaleza mísera adquieren importancia capital. No, él no quería que Candela le recordase sino en cómo estaba la noche del cotillón de Orvieto, con el talle bien moldeado en el rojo frac, cautivo el pie en airoso zapato y oliéndole la cabeza a perfumería inglesa de la más fina. La madre se dio cuenta de esto, y también —todo cabe— de que no estaba bien alhajado el dormitorio del pobre niño. Y por eso tuvo valor para resistirse al empeño de la porfiada señorita de Grimaldos, que quería nada menos que instalarse allí y cuidar ella misma a su prometido.

Grimaldos ayudó en esto a doña Ana. Calmó a su hija, y con vanas esperanzas la fue engañando. Desde el primer momento, vio el marqués que aquello iba de veras, y hablando particularmente con los médicos, adquirió el convencimiento de que más serio no podía ser.

—Está —dijo el de cabecera— en la peor edad para estas infecciones. No he visto otro caso en que más se haya caracterizado la invasión de las colonias microbianas.

—¿Y usted cree que los olores...?

—No me atrevo a afirmarlo, pero sospecho que ese puede haber sido el origen. Es un peligro verdadero, con el cual no se cuenta. El tifus, suponemos, no se contrae sino por la boca; el tifus, decimos, se come y se bebe; pero, ¿quién es capaz de saber cómo están colocadas, en estos inmuebles, las cañerías del agua potable y... otras cañerías? No sería el primer caso en que las del agua ocupasen un lugar inferior y en ellas penetrasen residuos... ¡Los padres me dan lástima!

—¿Pues y mi hija? —repuso Grimaldos—. ¿Sabe usted que iban a casarse muy pronto?

El médico no hizo ningún comentario. Estaba habituado a estas tragedias. Sabía cómo un átomo, un germen, una toxina, intervienen en el destino de los más felices, de los más recios, de los más grandes, y de la noche a la mañana lo cambian y echan por tierra las combinaciones más hábiles y más sólidas, al parecer. Hacía pocos días, la heredera de una fortuna inmensa, reunida por un abuelo y un padre a costa de innumerables sacrificios; una niña como una rosa, tan linda que llamaba la atención en la calle, había sucumbido a esa meningitis infantil que no tiene remedio. ¡Si estaría avezado el doctor a los golpes arteros de la Seca, a sus traidurías y amaños!

—¿Y... no queda esperanza? —interrogó el marqués.

—Mucho temo que ninguna —fue la respuesta—. Ha venido el mal de mano armada...

Grimaldos, a su vez, se sorprendió de la pena con que oyó el fallo. Ni era su hijo, ni podía considerar que fuese tampoco una suerte loca la que perdía Candela... Y sin embargo, un mozo como Miguel, ¡qué dolor! Acaso, acaso perdían todos, y el porvenir sombrío empezaba con aquella desgracia.



## XI

**D**ON Jerónimo fue el que instó para que «el niño» se dispusiese... ¡Acerbo trance, tener que decirle a un hombre, de un modo indirecto, que va a morir! ¡Y a un hombre que es algo de nuestras entrañas! Por desgracia, ya no podía Miguel ni alarmarse ante la necesidad de preparar su espíritu para el viaje que no tiene regreso; su conciencia empezaba a sumirse en los limbos de las desapariciones, y su cabeza, embargada por las formas delirantes de su mal, no concordaba las ideas. No comentó el hecho de que viniese a su cabecera un sacerdote, y lo aceptó pasivamente, sin razonarlo, porque la razón ya estaba entenebrecida. Verdad es que, a tenerla clara y despejada, hubiese acogido con ánimo firme la contingencia. Sabía Miguel mirar a la muerte cara a cara, aunque no la buscase ni la amase, y en cambio, hubiese amado la vida con el intenso y recio amor de los que saben gozarla sin estragos y sin perder uno solo de sus sabores...

En las horas crueles que precedieron al desenlace, de los que rodeaban el lecho mortuorio, la más absolutamente desesperada fue Paquirá. Hubo que echarla de allí a empellones, porque aun no poseyendo ya sus facultades Miguel, pudiera, en un instante de despejo, molestarle los gemidos y el hipo fúnebre de la mora. Además, decía cosas extrañas que aumentaban el dolor de los padres.

—Yo bien lo sabía... Yo bien se lo dije, que venía la muerte... En las cartas lo leí... ¡Y si por aquí no viniese, vendría con el caballo de espadas! Venía de tos modos... ¡Venía, dende que en esta casa e mardisión pusimo lo pie!

El padre, traspasado, también miraba, con estériles remordimientos, hacia lo que *pudo ser*. Él debió negarse a vender sus fin-

cas, a instalarse en Madrid. Débil había sido, y Dios le castigaba. Así se lo repetía a doña Ana, que le oía y hasta ya había llegado a darle la razón. Todo lo hecho, locura magna. ¡Aventura del caballo Clavileño, burla sangrienta de la suerte! ¡Ah, él lo había dicho, pero jamás se le hacía caso! ¡Vivir, honrada y sencilla y hasta pobremente, allá en Santa Justa, sin vanidades, sin ambiciones, con su hijo, y después, con los hijos de su hijo, y con la Virgen protectora, la de Murillo el Santo!

Miguel había entrado en el período comatoso. Insensible. Muerto ya, después de haber luchado con la pálida, cerca de treinta días, se rindió a su segur negra, y dejó de sufrir, de ansiar, de soñar, de delirar bajo la fiebre que le abrasaba. El gran telón se descorrió, y cayó aquella vida juvenil en el abismo sin fondo de la verdad última...

No hubo manera de contener a Candelita que quería ver a Miguel una vez siquiera. Entró en la habitación y miró, fría de espanto, al que había de ser su esposo.

Reposaba en la cama, muy limpia, el hermoso cuerpo varonil, pero ya no era aquel que giraba en el cotillón, mostrando las elegantes formas señaladas por la vestimenta de irreprochable corte. Nadie le conocería, con los ojos sumidos, la nariz afilada y la boca, antes tan jugosa y fresca, que había sufrido la invasión de esas horribles telarañas negras que cría el tífus y que anuncian ya las descomposiciones sepulcrales.

Candela vacilaba... ¿Era aquél el amado? No. La prueba, es que no le hubiese reconocido si no se lo dicen. Se arrodilló sollozando y rezando, al pie del lecho. Así estuvo hasta diez minutos, solicitada por un lado del deseo y hasta, creía ella, de la obligación de devolverle aquel beso de amor que presenciaron las frondas del Retiro, y retraída, por el horror, de cumplir ese rito sagrado, ese deber... Y no pudo, no supo, no se resolvió. Cuando se levantaba tambaleándose, una mujer desgredada, con las sayas de través, los ojos secos y fieros, las manos oscuras, el ademán furioso, entró en la cámara, se encaró con la señorita y a gritos, renegó:

—¿Sabe lo que jasen con lo muerto la que lo quieren? Pue se jase asina. Mira, mujé, lo que se jase.

Y dejándose caer sobre el cadáver, lo besó con apasionado cariño en la boca, en los ojos, en las cruzadas manos...